

poco estéticas por el giro razonador y discursivo que le plugo darlas, haciéndolas degenerar en monótonas y verdaderamente *pesadas*. No es esto decir que carezcan enteramente de color poético. Pesado nada hizo malo en absoluto, y siempre le salvan la alteza de su pensar, su excelente educación literaria y la nobleza habitual de su estilo.

El médico D. Manuel Carpio, á quien algunos dan la primacía entre los líricos mejicanos (yo la reservo más bien para su amigo), es de todas suertes un notabilísimo poeta, pero enteramente exterior y descriptivo. Por temperamento y por sistema excluía del arte toda idea abstracta y toda reflexión aun velada en formas poéticas, y le hacía consistir únicamente en el prestigio de una sucesión de imágenes que halagan y deslumbran los ojos: descripciones continuas y sin tasa de armas, de jaeces, de vestiduras ostentosas, de festines, cacerías y combates: el valle del Mar Muerto, el palacio y trono de Faraón, la desolación de Babilonia ó de Jerusalén. Tanta luz y tanta pompa derramadas por igual en todas las partes de la composición y en todas las composiciones; tanta insistencia en detalles externos que no tienen todos el mismo valor poético, acaban por producir singular monotonía, pobreza verdadera, en medio de la acumulación de tantos tesoros. Este

lujo derrochador y pródigo de la fantasía descriptiva se compadece muy bien en las odas de Carpio con frecuentes prosaismos de dición y con una falta de nervio, que quizá sea el defecto mayor de su poesía, como lo es de la de muchos otros americanos ¹.

El movimiento literario excitado por la aparición de los versos de Carpio y Pesado y por la fundación de la *Academia de Letrán* (1836), donde por primera vez se dieron á conocer ingenios tan excelentes como Prieto, Arango y nuestro montañés Collado, dura sin interrupción, aunque pasando por muy distintas fases, hasta el momento presente. Cada día se multiplican más los tomos de poesías líricas, pero por desgracia cada día va siendo más raro el depurado gusto y la corrección de formas que quisieron hacer prevalecer aquellos dos maestros. El romanticismo, ó lo que en América se llama así, ha obrado, no como impulso

¹ Las poesías de Carpio fueron impresas por primera vez, con un prólogo de Pesado, en 1849. Después se han hecho multiplicadas ediciones: la que tengo á la vista es de 1876 (México), y lleva una biografía del autor escrita por D. Bernardo Couto. Carpio tradujo *indirectamente* (según creo) la famosa elegía ó lamentación de nuestro poeta hebraico toledano Judah Leví sobre la ruina de Jerusalén, tan célebre desde que Herder la puso en su tratado *De la poesía de los hebreos*. También hay reminiscencias de esa misma *Siónida* en las primeras estrofas de la *Jerusalén* de Pesado. Ni él ni Carpio eran hebraizantes, pero habían hecho un profundo estudio de la poesía bíblica y de sus imitadores.

fecundo, sino como poderoso disolvente, habituando á los ingenios á cierta indisciplina, no ya literaria, sino gramatical, de la cual muchos en América, lo mismo que en España, hacen alarde, considerándola como el signo de los elegidos y la marca distintiva del genio. Así se malogran vates, que llegarían á ser excelentes si sometiesen su musa indómita y su estro cerril al suave yugo y á la carga ligera del buen gusto, cuyas leyes en ninguna latitud prescriben. Cierta sentimentalismo vago, declamatorio y hueco, forma predilecta del romanticismo, ó más bien del gongorismo, americano, ha sido la verdadera plaga que durante largo período ha esterilizado en algunos las mejores disposiciones, y ha llenado de feas manchas las composiciones de otros, que merecen vivir á pesar de ellos, y que han acertado siempre que han querido acudir á las verdaderas fuentes del sentimiento poético. Así los afectos maternales han encontrado dulcísima expresión en algunos versos de Isabel Prieto de Landázuri; así el estro poderoso é insubordinado de Guillermo Prieto, ejercitándose á la vez en mil opuestas direcciones y dejando en todas rastros de talento mezclados con intolerables extravíos, ha arrancado de su lira verdaderos acentos de pasión, y ha dado muestras de poesía más indígena y más popular que la de ninguno de sus paisanos, en

la descripción de costumbres; así en el áspero materialismo de los tercetos de Manuel Acuña *A un cadáver* se anunció espléndidamente un talento poético, descarriado pero indubitable, á quien muy pronto heló el soplo de voluntaria y miserable muerte; así en los versos de Manuel M. Flores y de Ignacio Manuel Altamirano palpita la ardiente voluptuosidad de la naturaleza americana, bien simbolizada en el *uror*, que Altamirano pone por epígrafe de sus preciosas *Amapolas*.

Entre los escasos poetas que siguieron ó siguen la dirección iniciada por Carpio y Pesado, y motejada de *culta y académica* por los amigos del principio de rebelión en todas las esferas, hay que hacer memoria de D. Alejandro Arango y Escandón, que falleció poco tiempo ha, siendo director de la Academia Mejicana. El Sr. Arango, autor del mejor libro que tenemos sobre Fr. Luis de León, se le había propuesto por modelo, así en los estudios bíblicos á que fué muy inclinado, como en el estilo y en la dicción poética. Son modelos intachables de noble reposo, de suave efusión y de acrisolado gusto, sus dos odas « en la Inmaculada Concepción de

1 De estos novísimos poetas mejicanos y de otros muchos pueden verse composiciones (no siempre escogidas con el gusto más seguro) en *La Lira Mexicana*, de Juan de Dios Peza (Madrid, 1879).

Nuestra Señora,» «*Invocación á la Bondad Divina*», y otra en que glosa este texto: «*Domine, ut scuto bonae voluntatis coronasti me.*» Transcribiré, para muestra, la mayor parte de las estrofas de la segunda de ellas, ya que el tomito de poesías del Sr. Arango se imprimió en muy escaso número de ejemplares, y sólo para amigos:

«.....»

Tu generosa mano
Mantenga sobre el agua mi barquilla,
Siquiera el noto insano
La contrastada quilla,
Bramando, aleje de la dulce orilla.
Es yugo más súaue
El de tu ley, es carga más ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Aflige el vicio, si en el alma impera.
¿ Á quién, Señor, la vía
No complace risueña y deleitosa,
Que á tu morada guía,
Si en ella siempre hermosa
Entre nardo y clavel crece la rosa?
¿ Si cuanto amena es llana
Y el pie seguro y sin dolor la huella?
¿ Si de tu frente emana,
Consoladora y bella
La luz que alumbra al caminante en ella?
Fuente que eterna dura,
Pusiste al fin de la jornada breve:
Quien de su linfa pura
La copa al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha degustar el labio mío;
Que á tu querer sagrado
Sujeto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío.
Y en la lucha me acojo,
Padre, á la sombra de tu diestra amiga;
Y no el escudo a rojo
Rendido á vil fatiga,
Ni el yelmo que me diste, y la loriga.
¡ Ay! ¡ si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia mi alma llena,
Y luego, ¡oh Dios!, lo que te plegue ordena!¹»

Más ecléctico es el carácter que presenta el voluminoso tomo de poesías del ingeniero don José Sebastián de Segura, hermano político de Pesado. En esta colección abundan sobremedida las traducciones, así del hebreo y del latín como del italiano, del inglés y del alemán; y, á mi entender, llevan la palma sobre los versos originales de Segura, hombre de singulares aptitudes filológicas. Su traducción de *La Campana* es menos parafrástica y mucho más próxima al metro del original que la de Hartzenbusch.

También el Obispo de Tamaulipas antes, y hoy de Linares, D. Ignacio Montes de Oca, ha hecho muchos más versos traducidos que originales.

¹ Algunos versos de D. Alejandro Arango y Escandón: México, imp. de I. Escalante, 1879.

Por él gozamos íntegros en lengua castellana los cantos de Píndaro, de Teócrito, de Bión y de Mosco, á los cuales añadirá muy pronto la *Argonáutica* de Apolonio de Rodas. Todo ello con asombrosa facilidad y rica vena. En el tomo intitulado *Ocios Poéticos*¹, ha reunido sus ensayos juveniles con otras composiciones de fecha posterior, entre las cuales hay algunos sonetos de primer orden. Sus odas horacianas son muy pocas; entre ellas se lee una imitación directa del *Laudabunt alii* en versos de cinco sílabas, fácil y graciosamente contruidos.

CENTRO-AMÉRICA.

No conozco más poeta de esta región, digno de leerse, que el guatemalteco Batres y Montúfar, que disipó un talento narrativo de primer orden en asuntos torpes y escabrosos. Las que llama *Tradiciones de Guatemala* son cuentos verdes, algo más limpios en la expresión que los de Casti, pero de la misma familia, y exornados con largas y chistosas digresiones del género de las de Byron en *Don Juan*. No se puede llevar más lejos el desembarazo y el garbo de la versificación. ¡Lástima que estén tan mal aprovechados! Batres tradujo una oda de Horacio, pero

¹ Bajo el pseudónimo arcádico de *Ipandro Acaico* (México, 1878).

no le imita nunca. La única poesía suya, propiamente lírica, que merece citarse, aunque esté muy por bajo de sus leyendas, es, de todo punto, personal é íntima.

ISLA DE CUBA.

Á principios de nuestro siglo el prosaismo dominaba en Cuba tan despóticamente como en Méjico, con la desventaja de no haber en la isla ningún poeta igual al P. Navarrete. El coronel Zequeira y Arango y su amigo Manuel Justo Rubalcava fueron (lo diremos en el estilo convencional de aquella época) los primeros *cisnes* que hicieron resonar sus cantos en las orillas del Almendares y del Turquino. Zequeira tenía más robusta entonación, y aspiraciones, no siempre frustradas, á la poesía heroica y elevada. Rubalcava propende más á lo descriptivo y bucólico. Uno y otro son verdaderas medianías, á las cuales sólo da importancia el tiempo en que florecieron. De Zequeira es una oda semi-horaciana *A la piña*, donde leemos este verso ridículo, hablando del tabaco:

«La odorífera planta fumigable,»

y luego añade el poeta que todos los dones y delicias de la naturaleza están *recopilados* en el néctar de la piña. Otras estrofas son menos malas:

«Así el céfiro amante en tu contorno
Jamás se cansa de batir las alas,
De sí apartando el corruptor insecto
Y el aquilón que brama.
Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi patria.»

De Zequeira y Rubalcava á José María Heredia, uno de los tres ó cuatro grandes poetas de la América española, la distancia es enorme y el tránsito difícil; y, sin embargo, cronológicamente aparecen colocados casi en el mismo plano, y las influencias peninsulares á que obedecen no son muy distintas; sólo que Heredia era verdadero poeta, y los otros dos no pasaban de incorrectos y medianos versificadores. La originalidad de Heredia es indudable; pero no resalta de un modo vigoroso sino en dos de sus composiciones, bastante cualquiera de ellas para su gloria, el *Niágara* y el *Teocali de Cholula*. La opinión general, que no trato de contradecir, pone sobre todas la primera: á mí me es mucho más simpática la segunda, exenta de todo resabio de declamación, y tan suavemente graduada en su majestuoso y reposado movimiento, verdadera poesía de puesta de sol, á un tiempo melancólica y espléndida. ¡Mentira parece que de la misma fragua hayan salido tantos versos incorrectos, vulgares é insípidos como afean la volu-

minosa colección de Heredia! Su gusto nunca acabó de formarse, y sólo así se explican las infelices enmiendas que hizo en algunos de sus versos, en la edición de Toluca (1832). El texto de la *América poética*, de Gutiérrez, trasunto del de las primitivas ediciones, es preferible para muchos de ellos.

Heredia no fué nunca, ni estaba en su índole ser, poeta horaciano, por más que en su colección figuren algunas odas sáficas, de lo más flojo é insignificante que hay en ella. Precisamente las cualidades que más faltaban á su estilo son las que caracterizan el de Horacio: le falta sobriedad, le falta mesura, le falta escogimiento de expresiones, esmero en los detalles, novedad y oportuna aplicación de los epítetos, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendia bajo el nombre de «*curiosa felicidad*» de Horacio. Pero tampoco es Heredia romántico, aunque haya imitado algunas veces (pocas) á lord Byron, y traducido con vigor el terrible sueño en que la fantasía del poeta britano pintó la desaparición de la luz en el mundo. Heredia pertenece á otra escuela que fué como vago preludio, como anuncio tenue del romanticismo, á la escuela sentimental, descriptiva, filantrópica y afilosofada que, á fines del siglo XVIII, tenía insignes afiliados en todas las literaturas de Europa, y en-

tre nosotros uno no indigno de memoria, en Cienfuegos, que es el responsable de una gran parte de los defectos de Heredia, y á quien también es justo referir algunas de sus buenas cualidades. Pero la originalidad de Heredia es tan vigorosa que, aun viéndose en él los rastros del estilo de Cienfuegos, de Meléndez (en su última manera, v. gr., en la elegía *Adiós, voy á partir, bárbara amiga*), de Quintana, de Gallego y aun de Lista (v. gr., en la oda *Á la Religión*), y habiendo traducido é imitado tanto de la literatura francesa, algunas veces sin decirlo, todavía queda en él un sello de independencia y de vida poética propia, la cual se cifra en la expresión de su carácter ardiente, apasionado, indómito y sensual, cien veces reflejado en sus poesías; y en sus descripciones, no muy pacientes, pero sí muy brillantes, de naturaleza americana, que eran entonces una singular novedad en el arte, por más que Chateaubriand hubiese comenzado á ponerlas en moda.

Entre los infinitos poetas cubanos posteriores á Heredia, no creo que ninguno pueda con rigor y seguridad ser calificado de *boraciano*. Ni la Avellaneda, que tuvo en su poesía lírica un carácter tan propio y personal cuando cantó sus íntimos afectos religiosos ó de otro orden, y que además poseyó singular habilidad para asimilarse los más distantes géneros y estilos; ni

José Jacinto Milanés, que empezó tan bien y acabó tan mal, primero poeta de la escuela de Lope, y como él tierno, fluido y sencillo, y á la postre despeñado en los más tenebrosos abismos de un incorrecto y callejero romanticismo, con inocentes pretensiones de reforma social; ni Plácido, cuyo tomo de poesías debieran quemar sus admiradores, salvando cuatro ó cinco composiciones, para indicio de lo que hubiera podido ser aquel ingenio á quien echó á perder, no la falta absoluta de cultura, sino, al revés, la mala y superficial que recibió y el pésimo ambiente literario que respiraba; ni Juan Clemente Zenea, poeta elegíaco y erótico, que en su modo de sentir, como en su modo de escribir, fué mucho más francés que español, y más amigo de Alfredo de Musset que de los nuestros; ni Joaquín Lorenzo Luaces, que ha sido de los más elogiados y que debe ser poeta quintanesco, á juzgar por los asuntos que trató y por los escasos fragmentos suyos que conocemos; ni don Rafael María Mendive, que es, á no dudar, el primero entre los que hoy hacen versos en Cuba, y que ha enriquecido nuestra lengua con una feliz traducción de las *Melodías irlandesas* de Th. Moore; ni, finalmente, los innumerables poetas menores, por lo general verbosos y desaliñados, que abruman con sus múltiples composiciones el *Parnaso Cubano*, la *Cuba Poética* y otras an-

tologías, han rendido especial culto á la musa de Horacio y de sus imitadores italianos ó españoles. Lo que en Cuba ha dominado durante largo período (excepción hecha de los brillantes ingenios ya mencionados) ha sido un zorrillismo reprehensible, que imitaba sólo la facilidad abandonada y los malos lados del estilo del maestro, puesto que el fondo de su brillante poesía tradicional y leyendaria, enteramente propia del viejo mundo, tenía que carecer de todo sentido y ser casi ininteligible en las virgenes soledades americanas, por más que algunos se arrojaron absurdamente á fabricar *poesía nacional cubana*, con leyendas insulsas y nombres exóticos de caudillos salvajes anteriores á la conquista, género cuya especialidad tuvo el famoso Fornaris, llamado *el poeta de los siboneyes*.

En otros ingenios, la animadversión contra la madre patria y el gusto difundido por la educación extranjera, se tradujeron en serviles alardes de imitación de la moderna poesía francesa, en la cual tampoco se eligieron siempre los modelos con el gusto más puro y delicado. En vez de traer al arte castellano las singulares y prodigiosas hermosuras del suelo tropical, prefirieron repetirnos por centésima vez lo que en París habían aprendido y lo que desde París se difunde por toda Europa, y así fué cómo, en son de independencia, vinieron á perder todo carácter ame-

ricano y todo carácter español, sin ser tampoco franceses sino de imitación y contrahechos, porque nadie reniega impunemente de su raza. Hoy quizá, entre todas las literaturas de América (exceptuando la argentina), la menos española es la cubana ¹. Y es lástima grande, porque en pocas partes abunda tanto como allí el ingenio y la facilidad de versificar, si bien perdidos y estropeados las más veces por el compadrazgo literario y por la ausencia de toda saludable disciplina. Hoy, sin embargo, se notan síntomas de un feliz cambio en las ideas literarias, y han aparecido algunos prosistas y críticos doctos y de indisputable mérito.

VENEZUELA.

Bello y Baralt, filólogos á la vez que poetas, y fieles guardadores uno y otro de la tradición española y de la pureza de nuestra habla, hasta con exceso nimio, si exceso cabe en esto, son la verdadera corona literaria de esta república. Andrés Bello ha sido juzgado tantas veces y tan

¹ De las otras dos Antillas donde se habla la lengua castellana, puedo decir poco, por falta de datos. Tengo por puertorriqueña á la poetisa Dolores Rodríguez de Tió, de quien conozco algunas agradables imitaciones de Fr. Luís de León.

En Santo Domingo hay gran número de versificadores; pero, á juzgar por las muestras insertas en la última *América Poética*, siguen las peores direcciones del gusto cubano.

magistralmente en estos últimos años, ya por Cañete, ya por Miguel Antonio Caro, y su vida literaria ha sido tan escudriñada hasta en sus últimos ápices por la diligencia del laboriosísimo Amunátegui, uno de los discípulos predilectos que Bello dejó en Chile, que no cabe añadir novedad alguna á tan excelentes trabajos, después de los cuales nada queda que recoger ni que espigar. Bello es la gran figura literaria de la América española, el principal educador de la más floreciente de aquellas repúblicas, é indirectamente y por sus escritos, de todas las demás. Apenas hay materia de estudio en que él no pusiese la mano. Sus timbres de psicólogo, de jurisconsulto, de legislador, de gramático, de crítico literario, no han oscurecido (por raro caso) su gloria de poeta, vinculada, no en raptos pindáricos ni en creaciones muy originales, sino en unas cuantas incomparables traducciones, y en un número todavía menor de fragmentos descriptivos de naturaleza americana, donde se admira la continua poesía de estilo, y donde renace la musa virgiliana de las *Geórgicas* para cantar nuevos frutos, y nuevas labores, y animar con su voz los bosques del Nuevo Mundo.

Aunque Bello es poeta predominantemente virgiliano, no era menor su admiración por Horacio, ni menos profundo el estudio que de él había hecho. Ya en su juventud tradujo, ó más bien

parafraseó, con estilo nada clásico pero muy próximo á la fluidez de las *barquillas* de Lope, el *Ob navis* del Venusino. Á sus primeros años pertenece también, y es de estilo horaciano puro, aunque escrita en romance, la graciosa odita *Al Anauco*:

«Irrite la codicia
 Por rumbos ignorados
 Á la sonante Tetis
 Y bramadores austros.
 El pino que habitaba
 Del Bétis fortunado
 Las márgenes amenas
 Vestidas de amaranto,
 Impunemente admire
 Los deliciosos campos
 Del Ganges caudaloso,
 De aromas coronado.
 Tú, verde y apacib'e
 Ribera del Anauco,
 Para mí más alegre
 Que los bosques idálios
 Y las vegas hermosas
 De la plácida Pafos,
 Resonaréis continuo
 En mis humildes cantos, etc.»

En la misma celeberrima silva *A la agricultura de la zona tórrida*, hay un largo pasaje, de los más bellos por cierto, imitado del *Delicta majorum* de Horacio (oda 6^a, lib. III). Me refiero á aquellos versos de tan severa censura moral á la juventud americana:

«No allí con varoniles ejercicios
 Se endurece el mancebo á la fatiga ,

 En tanto á la lisonja seductora
 Del asiduo amator, fácil oido
 Da la consorte: crece
 En la materna escuela
 De la disipación y el galanteo
 La tierna virgen, y al delito espuela
 Es antes el ejemplo que el deseo.

 No así trató la triunfadora Roma
 Las artes de la paz y de la guerra ;
 Antes fió las riendas del Estado
 Á la robusta mano
 Que tostó el sol y encalleció el arado :
 Y bajo el techo humoso campesino
 Los hijos educó, que el conjurado
 Mundo allanaron al valor latino.»

Lo cual es fiel y acabado trasunto de estos
 otros versos horacianos:

«Fecunda culpae saecula nuptias
 Primum inquinavere, et genus et domos;
 Hoc fonte derivata clades
 In patriam populunque fluxit.
 Motus doceri gaudet Ionicos
 Matura virgo, et fingitur artibus
 Iam nunc, et incestos amores
 De tenero meditatur ungui:

 Non his juvenus orta parentibus
 Infecit aequor sanguine Punico,
 Pyrrumque et ingentem cecidit
 Antiochum, Annibalemque dirum:

Sed rusticorum mascula militum
 Proles, sabellis docta ligonibus
 Versare glebas, et severae
 Matris ad arbitrium recisos
 Portare fustes, etc., etc.....»

Al lado de este magnífico rasgo, poco interés ofrecen otras secundarias imitaciones horacianas de Andrés Bello; v. gr.: el débil soneto paráfrasis del *Hoc erat in votis* (que dudo que sea suyo), ó la fábula de *El hombre, el caballo y el toro*, imitada de la epístola 10.^a del libro 1 de Horacio:

«Cervus equum, pugna melior, communibus herbis....»

el cual, á su vez, la tomó de Stesícoro de Hímera.

De D. Rafael María Baralt, el intolerante y despótico preceptor del *Diccionario de galicismos*, pudiéramos decir, parodiando una frase de Lope de Vega relativa á los Argensolas, «que vino de Venezuela á reformar en nuestros poetas la lengua castellana.» Sus poesías no han sido seleccionadas aún; pero tenemos esperanza de verlas pronto reunidas en un volumen con que la Academia Española piensa dar justa honra al nombre de su autor. Entre las pocas que conocemos, notables todas por lo correcto, acendrado y noble de la expresión, más que por el calor de los afectos, hay una oda en liras á Cristóbal Colón, que obtuvo singular aplauso cuando fué premiada por el Liceo de Madrid en 1849, sien-

do jueces Gil y Zárate, Tassara y Moreno López. Es pieza de excelente y prolija literatura, demasiado larga y metódica para ser horaciana, y con demasiadas piececillas de mosaico, cuyas junturas se ven muy á las claras. Aun la misma descripción de América, hecha en cuatro gallardas estrofas, está tejida al principio con pensamientos y frases de otros poetas:

«Allí raudo, espumoso,
 Rey de los otros ríos, se dilata
 Marañón caudaloso,
 Con crespas ondas de luciente plata,
 Y en el seno de Atlante se dilata.

.....
 Allí fieros volcanes,
 Émulo al ancho mar lago sonoro,
 Tormentas, huracanes,
 Son árboles y piedras un tesoro,
 Los montes plata, las arenas oro.»

Ni Bello ni Baralt dejaron discípulos en Venezuela. El primero llevó su actividad literaria á Chile; el segundo á la madre patria, donde obtuvo consideración y honores, y nadie le juzgó extranjero. La literatura venezolana, apartándose totalmente de la severa disciplina de aquellos preclaros filólogos, se entregó á todas las audacias y desafueros románticos con Maitin, Abigail Lozano y Heriberto García de Quevedo. La producción literaria fué grande, pero abigarrada y desigual, propendiendo cada vez más á

la ampulosidad hueca y aparatosa, y á cierto lujo charro y de mal gusto. Algunos se han salvado del contagio, merced al estudio aprovechado de los buenos modelos, menos frecuente allí, sin embargo, que en Nueva Granada. Entre los escasos imitadores de Fr. Luís de León descuella hoy José Antonio Calcaño, vástago el más ilustre de una familia de origen italiano, que ha dado en gran número oradores, poetas y literatos de muy desigual mérito. La ardiente fe religiosa de Calcaño, la pureza de su alma, la vida espiritual en que se complace, han infundido á su poesía un carácter de suave y penetrante misticismo, que no es en él afectación literaria. Calcaño no ha coleccionado nunca sus poesías; yo conozco muy pocas, esparcidas en muy semejantes publicaciones. Recomiendo, sobre todo, su oda al Concilio del Vaticano, escrita en liras, de envidiable sencillez y limpieza. También debe hacerse mención honrosa de Morales Marcano, á quien sólo conozco como autor de traducciones de Horacio muy bien versificadas¹. En otro

¹ Venezolano es también (de Cumaná, según creo), y reside años ha en Puerto-Rico, el joven poeta Miguel Sánchez Pesquera, que, después de haber mostrado aventajadas dotes en poesías de estilo enteramente moderno, ha mudado de rumbo en sus últimos versos, inclinándose á la novísima escuela clásica, que tiene en Italia y comienza á tener entre la juventud española algunos seguidores, tanto más dignos de alabanza, cuanto mayor es la indiferencia y el desdén con que entre nosotros se mira todo estudio paciente de la forma.